

El Evangelio de Tomás y algunos aspectos de la cuestión sinóptica

La innegable importancia del *Evangelio de Tomás*, contenido en el rollo X de los trece descubiertos hace poco más de diez años en Kenoboskion¹, no está en que pueda servirnos para la reconstrucción de algunos dichos de Cristo que no conocíamos por los evangelios canónicos. En este sentido, poca luz nos va a venir del nuevo hallazgo.

De los 118 *logia* que contiene el llamado *Evangelio de Tomás* en la numeración de Doresse², sólo 54 le son totalmente propios y unos 13 en parte. De los 54 totalmente propios, 11 nos eran ya conocidos: por los famosos papiros de Oxyrynchus (1. 3), por los Santos Padres (20. 27. 28. 57. 78. 86), o por ambas fuentes a la vez (32. 42. 81). De los 13 parcialmente propios, tres se contenían ya en los mencionados papiros de Oxyrynchus (4. 5. 6). Quedan, pues, 43 totalmente propios y 10 en parte. De éstos, la mayoría resultan ininteligibles o extrañísimos y hasta heréticos. Apenas restan unos 11 de los primeros (21. 30. 47. 48. 58. 79. 85. 101. 102. 106 y 114) que puedan tomarse en serio, junto con otros dos de los parcialmente nuevos (26 y 63). Se trata de tres nuevas parábolas (la del segador, la de la mujer que pierde la harina en el camino, y la del hombre que quiere matar a un poderoso «meguistano»); dos pequeños diálogos (sobre quién es Jesús, y sobre la utilidad de la circuncisión); y ocho dichos aislados.

¹ Rebasaría los límites de esta modesta nota el intento de ofrecer una bibliografía completa de este importante descubrimiento. Ni siquiera por lo que afecta al *Evangelio de Tomás*. Puede verse PIERRE PRIGENT: *L'Évangile selon Thomas. Etat de la question*, en «Revue d'histoire et de philosophie religieuses» 39 (1959) 39-45.

² JEAN DORESSE: *L'Évangile selon Thomas, ou Les paroles de Jésus*, Paris, Librairie Plon, 1959. Es de lamentar que Doresse adopte aquí una numeración distinta de la que vienen empleando en sus estudios H. Ch. Puech de una parte y G. Garitte de otra. Adoptamos la empleada por Doresse, simplemente porque consideramos más asequible su edición completa del citado Evangelio.

Sería aventurado pronunciarse en favor o en contra de la autenticidad de estos dichos atribuidos a Cristo y que están más o menos en la línea de su doctrina y hasta de su estilo. Precisamente por esta incertidumbre, no es ahí donde reside, a nuestro juicio, la principal utilidad que el Evangelio de Kenoboskion puede prestar a los especialistas del Nuevo Testamento. Creemos que la utilidad mayor radica en los pasajes que tiene de comunes con nuestros evangelios canónicos.

En la medida en que se pueda establecer la antigüedad y el tenor de la primitiva redacción de nuestro apócrifo, la comparación de los pasajes que tiene comunes con los Evangelios canónicos podrá servirnos tal vez para precisar el contexto de algún que otro dicho del Señor; y en todo caso, los procedimientos redaccionales del *Evangelio de Tomás* acaso ilustren algunos puntos interesantes del problema sinóptico.

Un capítulo de comparación pudieran ser las frases sueltas a manera de estribillo que en los Evangelios canónicos y en nuestro apócrifo aparecen repetidas en diversos contextos.

1.—«NON GUSTABIT MORTEM»

La expresión recurre en los tres sinópticos en un lugar paralelo (Mt 16, 28; Mc 9, 1; Lc 9, 27) inmediatamente antes de la Transfiguración: «Hay algunos de los aquí presentes que *no gustarán la muerte* hasta que vean al Hijo del hombre venir en su Reino (Mt), venir en poder el Reino de Dios (Mc), el Reino de Dios (Lc)». En Hebreos 2, 9 la frase hace referencia a la muerte física, como en los sinópticos. Pero en Juan 8, 52 («el que guarda mi palabra, *no gustará la muerte nunca*») se refiere a la muerte eterna y es sinónima de «no verá la muerte nunca» (8, 51).

En el Evangelio de Tomás se encuentra la misma expresión tres veces (Introducción, 19, 21) referida a este último sentido y por cierto en relación con un conocimiento:

«Y El ha dicho: El que llegue a la interpretación de estas palabras, *no gustará la muerte nunca*» (Introducción).

«Los discípulos dijeron a Jesús: Dinos cómo será nuestro fin. Jesús dijo: ¿Habéis descubierto ya el principio, para que preguntéis sobre el fin? Porque donde está el principio, allí estará el fin. Bienaventurado el que alcanzare el principio; ése conocerá el fin, y *no gustará la muerte nunca*» (n. 19).

«Porque vosotros tenéis allí, en el Paraíso, cinco árboles que no cambian ni en verano ni en invierno, y cuyas hojas no caen jamás: el que los conociere *no gustará la muerte nunca*» (n. 22).

2.—«QUAERITE ET INVENIETIS»

Esta frase se presta a consideraciones interesantes. Aparece en un contexto amplio sobre la eficacia de la oración en Mateo 7, 7 y en Lc 11, 9. El Evangelio de Tomás la presenta en tres pasajes. Aparte del *logion* 1, donde aparece algo distinta que en los evangelistas canónicos («Jesús dijo: el que busca no deje de buscar hasta que encuentre. Cuando encuentre se emocionará; y cuando se emocione, se admirará y reinará sobre el universo»), la volvemos a encontrar en los *logia* 96 y 98:

«Jesús dijo: *Buscad y encontraréis*. Pero las cosas sobre las cuales me habéis preguntado en estos días y que yo no os he dicho en ese momento, os las quiero decir ahora para que no las busquéis más» (n. 96).

«Jesús dijo: El que busca encontrará [y al que quiera entrar] se le abrirá» (n. 98).

Nótese que en esta última frase la doble forma —imperativa y afirmativa— que Mt 7, 7-8 y Lc 11, 9-10 ponían seguidas («*buscad y encontraréis... porque todo el que busca encuentra*») —se ve interrumpida en el apócrifo por el *logion* 97 («no deis lo santo a los perros, no sea que lo arrojen sobre la basura; ni echéis las perlas a los puercos, no sea que las hagan...») que no se aviene muy bien con el contexto, pero que es asimismo el dicho que antecede en Mt 7, 6.

3.—«QUI HABET AURES AUDIENDI, AUDIAT»

El empleo de este estribillo es notablemente frecuente en nuestro apócrifo. Lo encontramos hasta seis veces, siempre en relación con alguna parábola y casi siempre —cinco veces— al final de las mismas. El estribillo cierra en el *Evangelio de Tomás* las parábolas del pescador (n. 8), del segador (n. 26), del rico avariento (n. 67), de los malos viñadores (n. 69) y de la levadura (n. 100). Precede, en cambio, a la pequeña comparación de la luz que ilumina desde dentro (n. 29). En tres ocasiones —nn. 29, 69, 100— la fórmula aparece abreviada: «El que tenga oídos, oiga».

En los sinópticos la frase recurre ocho veces, aunque en realidad son sólo seis contextos, porque en una ocasión —final de la parábola del sembrador— coinciden sinópticamente los tres. Prescindiendo de este lugar paralelo (Mt 13, 9; Mc 4, 9; Lc 8, 8),

a) *Mateo* emplea el estribillo en dos ocasiones propias: después de decir que Elías es Juan y antes de la parábola de los niños en la plaza (Mt 11, 15); y detrás de la explicación de la parábola de la ciza-

ña, antes de proponer la del tesoro escondido (Mt 13, 43). Dos cosas hay que notar: Que el estribillo parece preceder en estos casos a la parábola; y que en ambos lugares —como también en Mt 13, 9— algunos códices, que no son siempre los mismos, leen la fórmula abreviada: «El que tenga oídos, oiga»³.

b) *Marcos* lo emplea asimismo en dos ocasiones: en 4, 23 después de la pequeña parábola de la luz y del candelero a la que añade, antes de nuestro estribillo, el dicho sobre «lo oculto que ha de ser revelado»; y en 7, 16 después de la parábola de lo que entra y sale de la boca y antes de su explicación. Dos cosas hay que notar asimismo sobre los textos de Marcos: Que en ellos el estribillo reviste forma condicional: *Εἰ τις ἔχῃ...*; y que en 7, 16 falta en bastantes códices y versiones⁴.

c) Finalmente, *Lucas 14, 35* cierra con la frase que estamos analizando el bloque de pequeñas parábolas sobre el rey que va a la guerra, el hombre que edifica una torre y la sal.

Si comparamos ahora entre sí el empleo que los sinópticos y el *Evangelio de Tomás* hacen de este estribillo, obtenemos los siguientes resultados:

1.—En todos los casos la frase está en relación con alguna parábola o dicho enigmático, cuya inteligencia exige en el oyente una especial atención. Lo corriente es que siga a la proposición de la parábola o enigma. Sólo en dos casos de Mateo (11, 15 y 13, 43) cabe dudar si se refiere a lo anterior o a la parábola que sigue inmediatamente. Pero por lo menos en 11, 15 parece claro que cierra la anterior alusión —un tanto enigmática— a la relación entre Elías y el Bautista; ya que la siguiente comparación de los niños en la plaza va separada del estribillo con la adversativa *ἔτι*. En 13, 43 parece asimismo cerrar la explicación de la parábola de la cizaña, aunque va inmediatamente seguida de la del tesoro escondido. Según esto, la colocación de la frase antes de la comparación en el *Evangelio de Tomás*, n. 29 es un tanto singular.

2.—La conexión del estribillo con tal o cual comparación o enigma pertenece casi siempre a la obra redaccional del evangelista o autor

³ En Mt 11, 15 leen la fórmula breve B D 700 174 k sy⁶. En Mt 13, 9 leen la fórmula breve: casi todos los cód. de la recensión H + it. sy⁸. En Mt 13, 43 leen la fórmula breve: B 8 s k a b e Hil.

La prefieren en sus ediciones críticas: Nestle, Merk, Tischendorf, Westcott-Hort, Weiss, Lagrange, Bover.

⁴ Lo omiten: B 8 L ̄ 1342 bo. 28 geo. Optan por la omisión en sus ediciones críticas: Tischendorf, Westcott-Hort, Weiss, Nestle. Retienen el estribillo: von Soden, Vogels, Lagrange, Merk y Bover.

primitivo de la fuente. Sólo en el caso de la parábola del sembrador coinciden los tres sinópticos. El apócrifo, que refiere también la parábola (n. 9), suprime en esta ocasión el estribillo.

Es natural que la mención de la frase citada sea propia de cada autor en las parábolas que le son propias: la del segador en el apócrifo (n. 26) y las del cap. 14 de San Lucas. Pero el fenómeno es más chocante cuando se trata de parábolas comunes a dos o más. Así, la parábola del pescador, que aparece con estribillo en el *Evangelio de Tomás* (n. 8), es evidentemente la misma de la red echada al mar (Mt 13, 47-50), donde no hay estribillo. La de la levadura, que en el apócrifo (n. 100) lo tiene, recurre a su vez en Mt 13, 33 y en Lc 13, 20 s sin él. Lo mismo ocurre con la del rico avariento (apócrifo n. 67 y Lc 12, 16-20) y con la de los malos viñadores (apócrifo n. 69 y Mt 21, 33-46; Mc 12, 1-12; Lc 20, 9-19)⁵. Viceversa, la parábola del sembrador, que en los tres sinópticos se cierra con el estribillo, aparece en nuestro apócrifo (n. 9) sin él. Como tampoco lo trae el *Evangelio de Tomás* en el *logion* sobre lo que entra y sale de la boca (n. 15), entre el cual y su correspondiente explicación lo encontramos en Mc 7, 16. Por último, tampoco tiene correspondencia en el apócrifo el estribillo que Mt 13, 43 coloca entre la explicación de la parábola de la cizaña y la del tesoro escondido; ambas parábolas recurren en el *Evangelio de Tomás* (n. 62 y 113 respectivamente) sin estribillo alguno.

3.—Como ya dejamos apuntado, la fórmula aparece abreviada en tres ocasiones en el apócrifo (nn. 29, 69, 100), e igualmente, según la lección de los mejores códices, en los tres pasajes en que la aduce San Mateo. Evidentemente la fórmula más larga es la más cercana al original semita. La versión corriente: «el que tenga oídos para oír, oiga» (= qui habet aures audiendi, audiat) es a todas luces inexacta. Ἀκούειν debe unirse con ἀκούετω, y entenderse como un caso típico de infinitivo constructo hebreo que unido a un tiempo finito de la misma raíz hace las veces de un adverbio para reforzar la realidad de la significación fundamental. En nuestro caso debería traducirse: *El que tenga oídos, oiga bien* (= ponga la máxima atención). Nos explicamos que, siendo esta construcción semítizante la original, se la haya sustituido posteriormente por la fórmula breve, más griega; pero no al revés. En consecuencia, a la vista de los códices antes mencionados que en Mt 11,

⁵ Es sorprendente en este último caso la conexión —en los tres sinópticos— entre la parábola y la alusión a la piedra angular. El apócrifo añade inmediatamente un *logion* (n. 70) que dice así: «Jesús dijo: ¿Puedes tú mostrarme la piedra que han rechazado los constructores? Es la piedra angular». O el apócrifo depende de los sinópticos o los cuatro de una fuente común —escrita u oral— en la que las dos unidades literarias formaban un solo bloque.

15; 13, 9 y 13, 43 presentan la lección breve, habrá que escoger entre estas dos hipótesis: o afirmar que la lección breve es recensional —en cuyo caso no nos explicamos por qué los mismos códices retienen la fórmula larga en Mc y Lc—; o admitir que el Evangelio griego de Mt es obra de un autor con mayor sensibilidad griega que Mc y Lc.

Pero, ¿qué decir del apócrifo donde, según hemos visto, recurre tres veces la fórmula larga y otras tres la abreviada? Por de pronto sería aventurado decir que en los pasajes de fórmula breve dependa de Mt; porque las tres parábolas de la luz interior (n. 29), de los malos viñadores (n. 69) y de la levadura (n. 100) que en el apócrifo ofrecen la fórmula breve, aparecen en San Mateo (6, 22s.; 21, 33-46; 13, 33 respectivamente) sin el famoso estribillo ⁶. Tampoco puede pensarse que en la fórmula larga dependa directamente de Mc ni de Lc. No del primero, porque la fórmula en Marcos es, como hemos visto, algo distinta, y porque en las ocasiones en que el apócrifo la emplea no es sinóptico con él. De Lucas tampoco, ya que la única ocasión en que *Evangelio de Tomás* aduce el estribillo en una parábola común a Lucas (n. 67 = Lc 12, 16-20), éste lo silencia. La única explicación satisfactoria es que el compilador del *Evangelio de Tomás* haya tenido a la mano distintas fuentes. Cuando se intente determinar el origen de los diversos *logia* de nuestro apócrifo, habrá que tener en cuenta este dato.

⁶ L. CERFAUX, en las anotaciones que hace a una serie de ocho parábolas del *Evangelio de Tomás* cuyo texto copto y versión latina ofrece G. Garitte (cfr. GERARD GARITTE-LUCIEN CERFAUX: *Les paraboles du royaume dans l'Évangile de Thomas*, en «Le Muséon» 70 [1957] 307-327) observa, a propósito de la parábola de la levadura, que la fórmula breve de nuestro estribillo en el apócrifo refleja mejor el *logion* tal como lo encontramos en Mt 13, 43 que como aparece en Mc 4, 9-23; para concluir en la nota 9 a la pág. 314: «Thomas se réfère donc à une collection de paraboles, sans aucun doute celle du chap. XIII de Mt». Y más adelante (p. 315) añade: «Cette comparaison avec les évangiles canoniques illustre la familiarité de l'auteur avec la littérature évangélique traditionnelle. Mt est à la base de la compilation. En effet, toutes les paraboles du chap. XIII du premier évangile sont reprises, à l'exception du semeur et du filet, et parmi elles, trois lui sont propres (l'ivraie, la perle, le trésor). Nous avons cependant remarqué que Thomas s'inspirait de Mc pour la parabole du grain de sénevé. Les contacts avec Lc et Jo sont peu appuyés. Si l'on tient compte de la faveur marquée des gnostiques d'Alexandrie pour Jo et Lc, et d'autre part de la prépondérance dont jouit Mt dans la grande Église, on serait tenté de rapprocher du christianisme commun soit l'Évangile de Thomas dans sa totalité soit du moins une source qui lui aurait fourni les paraboles du Royaume».

La conclusión de Cerfaux se nos antoja un poco precipitada. A la razón que para nuestro caso concreto aducimos en el texto, habría que añadir la dispersión de estas ocho parábolas del Reino a lo largo de todo el apócrifo, mientras en Mt se agrupan en un solo capítulo.

4.—«CAELUM ET TERRA TRANSIBUNT...»

La expresión recurre cinco veces en los sinópticos, aunque en distinta forma:

a) *Mt 5, 18*: «Hasta que no pasen el cielo y la tierra, no pasará una jota o una tilde de la Ley hasta que todo se cumpla». La construcción, un tanto dura, se entiende mejor si traducimos con Nácar-Collunga: «Antes pasarán el cielo y la tierra que falte una jota...»⁷.

b) *Lc 16, 17* es paralelo con el anterior pasaje de Mt y confirma la interpretación que le hemos dado: «Más fácil es que pasen el cielo y la tierra que no que caiga un ápice de la Ley».

c) Por último, los tres sinópticos (*Mt 24, 35*; *Mc 13, 31*; *Lc 21, 33*) ponen el estribillo en boca de Cristo en el discurso escatológico con el mismo sentido que en el contexto anterior. Sólo que aquí el término de la comparación no son la jota o la tilde de la Ley, sino las palabras del propio Cristo: «El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»⁸.

El sentido de la frase es evidente: Las palabras de la Ley (*Mt 5, 18*; *Lc 16, 17*) o las palabras de Cristo (*Mt 24, 35*; *Mc 13, 31*; *Lc 21, 33*) tienen vigencia perdurable más allá de la existencia o duración del cielo y de la tierra⁹ que proverbialmente se considera como lo más duradero y más firme entre los seres visibles¹⁰.

El *Evangelio de Tomás* emplea dos veces el mismo estribillo:

«Jesús dijo: *Este cielo pasará*, y el que está encima de él pasará; pero los que están muertos no vivirán jamás, y los que viven jamás morirán» (n. 11).

«Jesús dijo: *Los cielos y la tierra perdurarán* ante vosotros, y el que vive de Aquel que es viviente no morirá jamás; porque así dice Jesús: El solitario, el mundo no es digno de él» (n. 115).

⁷ La construcción de la segunda parte de la frase: ἰῶτα ἐν ἡ μίᾳ κεραία οὐ μὴ παρέλθῃ... ἕως ἂν πάντα γένηται... es perfectamente paralela con *Lc 21, 32*: οὐ μὴ παρέλθῃ ἡ γενεὰ αὐτῆ ἕως...; mientras que en *Mc 13, 30* suena: μέχρις οὗ ταῦτα πάντα... y en *Mt 27, 34*: ἕως ἂν πάντα ταῦτα...

⁸ El texto es igual en los tres salvo que la última frase en Mt suena οὐ μὴ παρέλθωσιν; en Mc οὐ παρελεύσονται; y en Lc οὐ μὴ παρελεύσονται.

⁹ La duración eterna de la Ley es tema frecuente en los escritos rabínicos, como puede verse en Strack-Billerbeck a propósito de *Mt 5, 18*. El dicho de GnR 10 inicio, que contrapone los límites del cielo y de la tierra a la ilimitada extensión de la Toráh (ibidem), no se refiere a la duración.

¹⁰ Los días del cielo son término proverbial para indicar la eternidad en *Ecclus 45, 19*; *Bar 1, 11*.

Como se ve, la frase retiene el mismo valor de comparación con cosas perdubles, que sin embargo aquí no son la Toráh ni las palabras de Cristo, sino la vida de los elegidos.

5.—«ERUNT NOVISSIMI PRIMI...»

Este estribillo tiene en los Evangelios diversas aplicaciones. En Mateo aparece dos veces, antes y después de la parábola de los obreros de la viña (Mt 19, 30; 20, 16). Igualmente la encontramos dos veces en Marcos: a propósito de la disputa sobre cuál de los discípulos era el mayor (Mc 9, 35), y como cláusula final de la promesa del céntuplo al que renuncia por Cristo (Mc 10, 31). Lucas lo trae al final de la parábola de la puerta estrecha (Lc 13, 30).

Examinemos detenidamente estos diversos contextos:

a) La parábola de los obreros de la viña es exclusiva de Mt y al final de la misma (Mt 20, 16) nuestro proverbio aparece como conclusión lógica de toda la historia, que es un continuo juego de ἔσχατοι y de πρῶτοι¹¹. Nos sentiríamos tentados a considerar la misma expresión que antecede inmediatamente a la parábola (Mt 19, 30) como una simple anticipación de la moraleja. Pero hay dos razones en contra: la primera es que el texto varía un poco: Οὕτως ἔσονται οἱ ἔσχατοι πρῶτοι καὶ οἱ πρῶτοι ἔσχατοι en 20, 16 y πολλοὶ δὲ ἔσονται πρῶτοι ἔσχατοι καὶ ἔσχατοι πρῶτοι en 19, 30; y la segunda es el paralelo exactísimo de esta última fórmula con Mc 10, 31 donde cierra — ¡como en Mt 19, 30! — la promesa del céntuplo.

b) Marcos, a parte de este último contexto paralelo con Mt, emplea el mismo juego de πρῶτος y ἔσχατος en el pasaje de la disputa de los discípulos sobre cuál de ellos sería *el mayor*. Mt y Lc en el lugar paralelo (Mt 18, 1-4; Lc 9, 46-48) se mantienen en el juego entre μικρότερος y μείζων, que cuadra mejor con el contexto de la discusión propuesta en el propio Marcos con la fórmula τίς μείζων (Mc 9, 34).

c) Lucas 13, 30 varía un poco la fórmula (ἰδοὺ εἰσὶν ἔσχατοι οἱ ἔσονται πρῶτοι, καὶ εἰσὶν πρῶτοι οἱ ἔσονται ἔσχατοι) y la emplea en el pasaje donde Cristo contrapone la admisión de muchos de Oriente y de Occidente en el reino de Dios a la repulsa de los judíos, sus interlocutores. Mateo, que refiere las mismas palabras de Cristo (8, 11-12), suprime el estribillo.

El *Evangelio de Tomás* emplea una sola vez la frase que venimos estudiando. Y por cierto en un contexto que guarda relación ideológica

¹¹ Mucho menos lógica en relación con el contexto aparece la segunda conclusión: «porque muchos son los llamados, mas pocos los escogidos», que acaso por este motivo fue suprimida en la recensión de Hesiquio.

con el pasaje de Mc 9, 35 donde el juego *πρῶτος ἕσχατος* nos parecía menos lógico.

«Jesús dijo: Que el viejo cargado de días no tarde en preguntar al niño de siete días sobre el lugar de la Vida, y vivirá. Porque se verá que muchos primeros serán últimos¹² y vendrán a ser uno» (n. 4).

Prescindiendo del contenido del *logion*, sobre cuyo fondo gnóstico pueden verse numerosos testimonios en DORESSE: *L'Évangile selon Thomas* (París, Plon, 1959), p. 125-131, es evidente que sitúa nuestro estribillo en un contexto donde se contraponen la edad adulta a la infancia y se atribuye a ésta una prioridad sobre aquélla en el conocimiento de la verdadera vida. La fórmula del apócrifo —con el complemento del papiro de Oxyrynchus 654— refleja exactamente a Mt 19, 30 y a Mc 10, 31; pero el contexto recuerda más bien la extraña aplicación de Mc 9, 35.

6.—«NIHIL EST OCCULTUM QUOD NON REVELETUR...»

Sabido es el problema que a los exegetas ha planteado siempre este famoso dicho de Jesús, que en los distintos evangelistas sinópticos —y aun en uno mismo— se presenta en distintos contextos y con significación distinta¹³. Evidentemente se trata de diversas aplicaciones de un proverbio ambivalente.

El dicho proverbial aparece cuatro veces en los Evangelios canónicos: Mt 10, 26; Lc 12, 2; Mc 4, 22; Lc 8, 17.

Los dos primeros pasajes coinciden fundamentalmente en el sentido y en completar el proverbio con una segunda parte que subraya la misma idea:

Mt 10, 26 s.

«... pues nada hay encubierto
que no se descubra;
ni oculto
que no se conozca.
Lo que os digo en la oscuridad
decílo a la luz;
y lo que escucháis al oído,
pregonadlo en las terrazas».

Lc 12, 2 s.

«Mas nada hay encubierto
que no se descubra;
ni oculto
que no se conozca.
Por lo que, cuanto hayáis dicho en la
será oído en la luz; [oscuridad
y cuanto hayáis hablado al oído en
[las recámaras,
será pregonado en las terrazas.

¹² El papiro 654 de Oxyrynchus añade: «y los últimos primeros».

¹³ Cfr. JOSÉ M.^a BOVER, S. I., *Nada hay encubierto que no se descubra*, en «Estudios Bíblicos» 13 (1954) 319-324.

Ambos evangelistas reflejan el mismo contexto en cuanto a la primera parte del *logion*: Alusión a la hipocresía de los fariseos (Lc 12, 1) que «si al padre de familia llamaron Belzebub, cuánto más a vosotros» (Mt 10, 25). Pero no los temáis, porque... «nada hay encubierto...». El sentido también es idéntico: Se trata de afirmar el triunfo definitivo de la verdad sobre la hipocresía y la mentira. Contra la intención y el deseo de los hipócritas, algún día se sabrá todo.

En cambio discrepan Mt y Lc en cuanto a la parte segunda del *logion*. Mientras el texto de Lc se mantiene en la línea de la interpretación que el contexto impone a la primera parte (*fatal e inexorable* descubrimiento futuro de las intenciones secretas); el de Mateo, en evidente disonancia con su propio contexto anterior, cambia de sentido: La enseñanza de Cristo, *por voluntad expresa del Maestro*, va destinada a la publicidad. Por ello la forma literaria no es histórica, sino imperativa.

En la misma línea de Mt 10, 27 se encuentra la primera parte del proverbio en los otros dos pasajes antes aludidos: Mc 4, 22; Lc 8, 17.

Mc 4, 22

«¿Por ventura se trae la lámpara para colocarla debajo del celemin o debajo del lecho?
¿No para ponerla sobre el candelero? Porque nada hay escondido como no sea para ser manifestado; ni se tuvo oculto, sino para que venga a ser manifiesto».

Lc 8, 17

«Nadie, habiendo encendido una lámpara cubre con una vasija [para o la pone debajo del lecho; antes la pone sobre el candelero, para que los que entren vean la luz. Porque nada hay escondido que no se haga manifiesto; ni oculto, que no sea conocido y venga a ser [manifiesto».

El procedimiento de aplicar el mismo proverbio en dos sentidos distintos, pero coincidentes en la idea dominante —que sería, en nuestro caso, la tendencia innata de la verdad a abrirse paso— podría muy bien remontarse al mismo Cristo que en dos ocasiones distintas habría hecho doble aplicación del mismo principio general¹⁴; pero cabe también que el proverbio fuera acuñado por Cristo en una sola ocasión y extendido después por la catequesis oral o por los mismos evangelistas a contextos distintos.

La comparación que venimos estableciendo entre los evangelistas canónicos y el apócrifo de Tomás a propósito de estos dichos proverbiales nos inclina a suscribir la segunda hipótesis.

¹⁴ Cfr. BOVER, *a. c.*

En efecto: El *Evangelio de Tomás* reproduce las dos expresiones que forman el doble *logion* de Mt 10, 26s. y Lc 12 2s., en contextos distintos.

a) Comencemos por la segunda (el mandato de predicar en público lo que se oye en secreto), que en Mt 10, 27 se aparta del contexto. El *Evangelio de Tomás* contiene sólo el segundo estico y con ligeras variantes:

«Lo que oigas por tu oído o por el otro oído, pregónalo sobre vuestros tejados. Porque nadie enciende una lámpara y la pone bajo el celémín o en un lugar escondido, sino sobre el candelero a fin de que todos los que entren y salgan vean la luz» (n. 38)¹⁵.

Es curioso que la asociación establecida aquí entre la segunda parte del *logion* que estudiamos y la parábola de la lámpara y del candelero, se establece en Mc 4, 21s. y Lc 8, 17 entre las mismas parábolas y la primera parte del *logion*. La contextura de la frase es idéntica en los evangelistas canónicos y en el apócrifo: proverbio y parábolas se unen con la partícula causal «porque», con la única diferencia de que en los canónicos la parábola precede al proverbio y en el apócrifo el orden es inverso.

Otra coincidencia curiosa: El *logion* del apócrifo a que acabamos de referirnos y que asocia la segunda parte del proverbio canónico a la parábola de la lámpara y del candelero, va inmediatamente precedido de este otro:

«Jesús dijo: Una ciudad edificada sobre un monte elevado y fortificada,
no es posible que caiga
ni se la puede ocultar» (n. 37).

El mismo orden se observa en Mt 5, 14s.:

«No se puede ocultar una ciudad edificada sobre un monte;
ni encienden una lámpara
y la ponen debajo del celémín,
sino sobre el candelero
para que alumbré a todos los que están en la casa».

b) La *primera parte* del proverbio en cuestión aparece por dos ve-

¹⁵ Las últimas palabras subrayadas coinciden con Lc 8, 16; 11, 33. En Mt 5, 15 y en Mc 4, 21 recurren en otra forma.

ces en el apócrifo, y por cierto —aunque en contextos distintos de los canónicos— con la misma doble significación que en éstos:

Según el *logion* n. 5,

«Jesús dijo: Conoce lo que está delante de tu vista, y lo que te está escondido se te revelará. Porque *nada hay oculto que no haya de ser revelado*».

Se trata probablemente de las progresivas revelaciones como premio al conocimiento y aceptación de las cosas más sencillas. El sentido del proverbio es que *Dios tiene intención de revelar* lo que al principio es misterio. Estamos en la línea de Mc 4, 22 y Lc 8, 17. Lo confirma el estico siguiente, que falta en nuestro texto copto, pero que aparece en la redacción griega de estos mismos dichos de Cristo conservada en un fragmento de Oxyrynchus: «Ni... enterrado que no haya de ser resucitado»¹⁶.

El *logion* siguiente (n. 6) reza así:

«Sus discípulos le interrogaron, le dijeron: ¿Quieres que ayunemos? ¿Cómo tenemos que orar y hacer la limosna, y qué manera de alimentarnos tenemos que observar? Jesús dijo: No digáis mentira, y lo que tengáis ansia de hacer no lo hagáis; porque todas estas cosas son manifiestas a la faz del cielo; *nada de lo que está encubierto dejará de ser revelado y nada de lo que está disimulado tardará en hacerse público*».

Aquí estamos en la línea de Mt 10, 26 y Lc 12, 2-3. El proverbio es un aviso contra la hipocresía, aunque en este caso no se trate de los fariseos, sino de los propios discípulos.

* * *

No es todavía llegado el momento de sacar conclusiones.

Pero el estudio que hemos emprendido y que se deberá continuar con todos los pasajes que el *Evangelio de Tomás* tiene comunes con los Evangelios canónicos, sitúa a nuestro apócrifo en el mismo plano de los sinópticos en cuanto a los procedimientos redaccionales.

Madrid, febrero, 1960. SALVADOR MUÑOZ IGLESIAS, PBRO.

¹⁶ El texto, que se corresponde literalmente con el del papiro 654 de Oxyrynchus, ha podido ser completado por una inscripción de una banda funeraria, procedente asimismo de Oxyrynchus, descubierta por M. Roger Rémondou, e identificado con los apócrifos por H. Ch. Puech que dice así: «Nada hay enterrado que no haya de ser resucitado». Cfr. H. CH. PUECH, *Un logion de Jésus sur bandelette funéraire*, en «Bulletin de la Société Ernest Renan», N. S. 3 (1954) 126-129 (correspondiente a la sesión de 30 de enero de 1954).